



“Un golpe de Estado, en febrero de 1913”

p. 23-56

Mario Ramírez Rancaño

La reacción mexicana y su exilio durante la Revolución de 1910

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Instituto de Investigaciones Sociales/Miguel Ángel Porrúa

2002

472 p.

Cuadros

(Las Ciencias Sociales, Segunda década)

ISBN 970-701-213-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/396/reaccion_mexicana.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



CAPÍTULO II

Un golpe de Estado, en febrero de 1913

EN OCTUBRE de 1912, dos oficiales del ejército, los generales Manuel Mondragón y Gregorio Ruiz y un civil, Cecilio Ocón, se reunieron en La Habana, Cuba, para montar una conspiración. La razón que los movía era su desilusión con lo que sucedía en México a partir de la caída de Porfirio Díaz. Pasaron lista a las fallidas revueltas antimaderistas que hasta entonces habían estallado, concluyendo que ninguna se había originado en la capital del país. De acuerdo con su análisis, un golpe militar originado en la ciudad de México, les facilitaría hacerse del poder y provocar la adhesión inmediata del resto del país. A finales de octubre, los tres conspiradores regresaron a México, poco después del fracaso de la insurrección de Félix Díaz en Veracruz. Al exponer sus planes a sus íntimos, rápidamente se les sumaron varios felicistas y reyistas destacando Luis Liceaga, Miguel Othón de Mendizábal, Rafael Zayas Enríquez, Samuel Espinosa de los Monteros y Rodolfo Reyes. Alentados por los primeros resultados, los conspiradores pusieron en marcha la siguiente etapa del plan: elegir la cabeza del movimiento. Para tener éxito, no podía ser cualquiera, sino una persona de arrastre y popularidad. Se acercaron a Bernardo Reyes, encarcelado en la prisión de Santiago Tlatelolco, a causa de su fallida revuelta de diciembre de 1911, y a Félix Díaz, recluido en la Penitenciaría del Distrito Federal. Los dos estuvieron de acuerdo con los planes golpistas y apoyaron cada uno de los pasos siguientes.²⁷

²⁷Pedro González Blanco, *De Porfirio Díaz a Carranza*, Madrid, Imprenta Helénica, 1916, pp. 87-88; *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, México, El Caballito, 1975, p. 18, Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 51; Friedrich Katz, *La guerra secreta en México I. Europa*,

El general Bernardo Reyes propuso invitar al complot a Victoriano Huerta, uno de sus viejos correligionarios. Desde su celda, Reyes comisionó a Rafael Zayas Enríquez para que sondeara a Huerta personalmente, pero éste se resistió y comisionó a su vez a dos personas de su confianza: Joaquín Clausell y Fernando Gil. En tales fechas, Huerta estaba en el sanatorio del doctor Aureliano Urrutia, recuperándose de una intervención quirúrgica. Al ser puesto al tanto de los planes y de las personas involucradas, Huerta opinó que si bien era necesario reemplazar a Madero, ése no era el momento adecuado, por lo que se negó a participar.²⁸

A lo largo del mes de enero de 1913, se realizaron varias reuniones secretas en la casa del general Gregorio Ruiz. En una de ellas, celebrada a finales de mes, Manuel Mondragón, quien había demostrado ser un excelente reclutador de partidarios, sometió a la consideración del grupo los planes y la fecha de la toma del poder. Después de varias discusiones y del análisis de los pros y los contras, se eligió el 9 de febrero como la fecha para estallar el cuartelazo. Llegado el día, entre las tres y las cinco de la madrugada, el general Manuel Mondragón tocó las puertas de la Escuela Militar de aspirantes de Tlalpan, y las de los cuarteles de Artillería de Tacubaya. Más de 300 elementos de la escuela de aspirantes y cerca de 400 de los cuarteles de artillería, se alistaron en forma rápida y se pusieron a las órdenes de Manuel Mondragón. El general dividió sus efectivos en dos grupos: a uno lo condujo personalmente a la prisión militar de Santiago Tlatelolco y luego a la penitenciaría del Distrito Federal, para liberar a Bernardo Reyes y a Félix Díaz, elegidos como las cabezas del movimiento y, al otro, lo envió al Palacio Nacional con la orden de tomarlo.²⁹

Estados Unidos y la Revolución mexicana, México, Era, 1982, pp. 119-120 y Luis Liceaga, *Félix Díaz*, México, Jus, 1958, p. 152.

²⁸E. V. Niemeyer Jr., *El general Bernardo Reyes*, Monterrey, Gobierno del Estado de Nuevo León-Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León, 1966, p. 233 y Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 51-52.

²⁹Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 53, *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, p. 19 y Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 151-152.



Al enterarse de que los sublevados habían tomado el Palacio Nacional, el general Lauro Villar, al mando de sesenta soldados, penetró por una puerta lateral desarmando fácilmente a los aspirantes. Así fue como recuperó el Palacio Nacional. Mientras tanto, Bernardo Reyes y Manuel Mondragón se enfilaron en la misma dirección, confiados en que los aspirantes lo tenían bajo su mando. En su mente bullía cumplir el siguiente paso del plan: proclamar a Bernardo Reyes Presidente de la República de manera provisional, en las mismas oficinas presidenciales. Pero en los siguientes minutos su algarabía se tornó en tragedia y esta etapa jamás se cumplió. El general Lauro Villar ordenó a sus soldados abrir fuego en cuanto las tropas rebeldes traspasaran las puertas del Palacio Nacional. Al avizorar la silueta del general Bernardo Reyes, las tropas leales a Madero le descargaron una ráfaga de ametralladora, fulminándolo, y al cabo de un nutrido tiroteo de diez minutos, todo había terminado.³⁰ Muerto Bernardo Reyes, el resto de los rebeldes retrocedieron hacia el poniente de la ciudad. En medio del desconcierto absoluto, Mondragón y Félix Díaz resolvieron hacerse fuertes en la Ciudadela. No tuvieron problema alguno en tomarla, y después de una breve escaramuza, aquí instalaron su cuartel general que duraría los siguientes diez días.

Horas más tarde, el secretario de Guerra, Ángel García Peña, le informó a Francisco I. Madero lo sucedido. El Presidente acudió personalmente al Palacio Nacional escoltado por un grupo de cadetes del Colegio Militar y una pequeña guardia presidencial. Justo en el trayecto, Madero se encontró con el general Victoriano Huerta, quien al informarse de los acontecimientos, le ofreció sus servicios. Como en tales momentos arreció el fuego, Madero se refugió en un edificio cercano. Huerta lo exhortó a regresar al Castillo de Chapultepec, bajo el argumento de que el Presidente de la República no debía exponerse a tales peligros. Madero rehusó y le pidió

³⁰Niemeyer Jr., *op. cit.*, pp. 235-237, Rodolfo Reyes, *De mi vida*, t. II, Madrid, 1930, p. 15, Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 54, *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, p. 19, Eduardo J. Correa, *El Partido católico nacional y sus directores*, México, FCE, 1991, p. 138 y Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 167-170.

a Huerta que lo acompañara hasta el Palacio Nacional.³¹ A su llegada se toparon con que el general Villar estaba herido, y para sustituirlo, el Presidente nombró a Huerta jefe interino de las tropas leales. Una de las primeras medidas del gobierno maderista fue librar la orden de ejecución del general Gregorio Ruiz, que para su desgracia había sido capturado durante la refriega.³² Gregorio Ruiz había sido uno de los tres conspiradores originales en La Habana.

En los días siguientes sucedió lo inevitable. Los militares diseminados dentro y fuera de la ciudad de México tomaron partido por uno u otro bando. Tanto las tropas gubernamentales como los rebeldes al mando de Félix Díaz y Mondragón recibieron numerosos refuerzos. Los extranjeros se espantaron y buscaron refugio en las distintas embajadas. El centro de la ciudad y las zonas habitacionales adyacentes pasaron a formar parte del campo de batalla. En varias ocasiones, Huerta lanzó a los rurales contra la Ciudadela para desalojar a los felicistas, pero éstos los rechazaron sin problema. El fuego cruzado de artillería redujo a escombros edificios y residencias particulares. A la exhortación de Madero de un mayor uso de la fuerza militar, Huerta replicaba en forma sospechosa que destruir la Ciudadela no significaba problema alguno, pero que los costos serían graves ya que se arrasaría parte de la ciudad.³³

A seis días de iniciado el golpe de Estado, el embajador Henry Lane Wilson invitó a los ministros británico, alemán y español a reunirse en la sede de la embajada estadounidense para discutir la forma de superar la crisis. Los ministros acudieron y a iniciativa de Lane Wilson, acordaron pedir la renuncia de Madero. El mismo día, treinta senadores, la mayoría de ellos felicistas, se reunieron para tratar el mismo tema. A sugerencia de José Diego Fernández, 27 de

³¹Friedrich Katz, *op. cit.*, t. 1, pp. 120-121, Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 54-55, *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, p. 20 y Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 177-178.

³²Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 55, *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, pp. 20-21, Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 170-171 y Rodolfo Reyes, *op. cit.*, pp. 93 y 103.

³³Friedrich Katz, *op. cit.*, t. 1, p. 121, Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 57 y *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, pp. 23-24.

ellos votaron por el envío de una delegación para pedirle la renuncia al Presidente. Al día siguiente, se distribuyó profusamente una circular firmada por 89 diputados en la que se criticaba la resolución de los senadores.³⁴

Con el transcurso de los días, Huerta dejó atrás su aparente fidelidad a Madero, y puso en práctica lo que también era su idea: desplazarlo. En vista de ello, se reunió en dos ocasiones con los representantes de Félix Díaz, hecho que llegó a oídos del propio Madero.³⁵ Al parecer, el acuerdo definitivo entre Huerta y Félix Díaz quedó sellado el 16 de febrero. A partir de entonces, la mecánica de los acontecimientos se aceleró. Dos días más tarde, Aureliano Blanquet hizo prisionero a Madero, y al poco tiempo, tanto el vicepresidente Pino Suárez como la mayoría de los integrantes del gabinete, quedaron apresados. El repique de las gigantescas campanas de la catedral metropolitana anunció el fin del movimiento y de la lucha. Los términos del acuerdo entre Huerta y los felicistas nunca han sido revelados.³⁶

Lane Wilson invitó a Díaz y a Huerta a la embajada de Estados Unidos para definir quién debía asumir la Presidencia de la República. La reunión tuvo lugar el día 18 a las nueve y media de la noche, y duró más de tres horas. Félix Díaz propuso que el licenciado Luis Méndez ocupara la silla presidencial, pero Huerta opinó que debía ser él. Tenía el control de las fuerzas armadas y no quiso dejar pasar su oportunidad. Henry Lane Wilson dio su apoyo a Huerta y entre gritos y sombrerazos doblegaron a Félix Díaz. El Pacto de la Ciudadela, o de la Embajada, dispuso que Victoriano Huerta tomara posesión de la presidencia en un plazo de 72 horas. Como garantía de que Félix Díaz ocuparía la Presidencia de la República después de Huerta, el gabinete sería felicista. En teoría, Huerta quedaba aprisionado, y sin posibilidad de romper con lo pactado.

³⁴Friedrich Katz, *op. cit.*, t. 1, p. 125, Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 61, *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, pp. 26-30 y Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 196-197, 200 y 202.

³⁵Friedrich Katz, *op. cit.*, t. 1, p. 127, Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 61, Luis Liceaga, *op. cit.*, p. 179 y *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, p. 50.

³⁶Friedrich Katz, *op. cit.*, t. 1, pp. 128-129, Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 63-64, Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 207, 208 y 210 y *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, pp. 32-33.

Félix Díaz rechazó todo cargo en el gabinete con el fin de iniciar de inmediato su campaña presidencial. El convenio no estipulaba la fecha exacta de las elecciones, pero se supuso que se realizarían al cabo de unas semanas. También se entendía que Huerta apoyaría a Félix Díaz en sus aspiraciones presidenciales. Se le consideraría, algo así, como el candidato oficial.³⁷

Pero a Huerta y a Díaz les faltaba derribar otro obstáculo: arrancarle a Francisco I. Madero y a José María Pino Suárez sus renuncias. Ello ocurrió el 19 de febrero y el Congreso de la Unión las ratificó. Tan pronto como las renuncias fueron aceptadas, la Presidencia de la República, como lo estipulada el artículo 81 de la Constitución de 1857, recayó en el secretario de Relaciones Exteriores, Pedro Lascuráin. El nuevo Presidente tomó la protesta del cargo. Su primer acto oficial fue nombrar secretario de Gobernación a Victoriano Huerta, y su segundo y último acto, presentar su propia renuncia. Lascuráin había sido Presidente de México por 56 minutos. En ausencia de vicepresidente y de secretario de Relaciones Exteriores, la presidencia quedaba en manos del secretario de Gobernación. Poco antes de la medianoche, Victoriano Huerta, con 58 años a cuestas, repitió el juramento de toma de posesión del cargo.³⁸ A juicio de Felipe Tena Ramírez, experto en derecho constitucional, de algún modo partidario de Huerta, se observaron en forma impecable las formalidades constitucionales y por consiguiente, el gobierno de Huerta no fue producto de la usurpación.³⁹

Francisco I. Madero y José María Pino Juárez habían sido retenidos en calidad de presos en el Palacio Nacional. Los planes para mandarlos al puerto de Veracruz y luego al destierro a Europa, se cancelaron al ser informado Huerta de que un grupo de maderistas encabezados por el general José Refugio Velasco, planeaba interceptar el tren para rescatarlos y apoyarlos en su retorno al

³⁷Friedrich Katz, *op. cit.*, t. 1, p. 131, Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 66, Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 215-217 y *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, pp. 217-218.

³⁸Friedrich Katz, *op. cit.*, t. 1, p. 132, Michael C. Meyer, *Huerta*, 69, Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 218-219 y *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, pp. 161-167.

³⁹Felipe Tena Ramírez, *Derecho constitucional mexicano*, México, Porrúa, 1955, p. 73.

poder.⁴⁰ El 21 de febrero, Huerta sostuvo su primera reunión con el gabinete, en la que se discutió la situación de Madero y Pino Suárez. En forma unánime, acordaron que ni el exilio ni el encierro en un manicomio eran factibles. Lo procedente era someterlos a juicio político. Como el gobierno necesitaba tiempo para preparar el caso, y en el Palacio Nacional no existían las medidas de seguridad adecuadas, se decidió trasladarlos a la penitenciaría del Distrito Federal. La noche siguiente, durante su traslado, ambos fueron asesinados. Al otro día, la explicación oficial de lo sucedido apareció en todos los periódicos. En un intento por liberarlos, un grupo de maderistas atacó el convoy y en el tiroteo, Madero y Pino Suárez, resultaron muertos. La versión no encontró eco entre la población y nadie la creyó.⁴¹ A la postre, el golpe de Estado y los asesinatos de Madero y Pino Suárez tuvieron graves repercusiones.

A finales de febrero, una semana después de los asesinatos, Huerta recibió la adhesión de un buen número de gobernadores, pero el de Coahuila, Venustiano Carranza, se levantó en armas y el 26 de marzo promulgó el Plan de Guadalupe, acusando a Victoriano Huerta de traición, sin hacer mención de los asesinatos. El plan expresaba que retiraba su reconocimiento al gobierno federal y a los gobernadores que lo apoyaran. A estos últimos les dio un plazo de treinta días para que reconsideraran su actitud. El plan nombraba a Venustiano Carranza “Primer Jefe del Ejército Constitucionalista”, y señalaba que él, o alguien designado por él, ocuparía la Presidencia de la República en forma interina, cuando Huerta fuera derrocado y la ciudad de México ocupada. El proyecto era esencialmente político y no encarnaba absolutamente ningún programa de reforma social.⁴²

⁴⁰Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 76, Friedrich Katz, *op. cit.*, t. 1, pp. 132-134, *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, pp. 172-173 y Rodolfo Reyes, *op. cit.*, p. 88.

⁴¹Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 77-78, Friedrich Katz, *op. cit.*, t. 1, pp. 134-135, Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 234-235 y 239 y *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, pp. 189-197.

⁴²“Plan de Guadalupe”, en Francisco Naranjo, *Diccionario biográfico revolucionario*, México, INEHRM, 1985, pp. 287-288, Friedrich Katz, *op. cit.*, t. 1, pp. 154, 158 y 179 y *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, pp. 263-266.

EL MÉXICO HUERTISTA

AL ANUNCIARSE la subida de Huerta al poder, se produjo un fuerte apoyo de la población, la cual estaba cansada del libertinaje en la prensa, del bandolerismo que azotaba el campo,⁴³ y de las huelgas estalladas en la industria textil. La población ansiaba una política de mano dura que brindara seguridad, tanto en el campo, como la ciudad. Resulta impresionante observar cómo durante meses, los dirigentes de las cámaras agrícolas desfilaron por la Secretaría de Gobernación, para brindar apoyo político y recursos económicos al gobierno de Huerta, a condición de que pacificara el campo. El apoyo a Huerta provino de los hacendados de 18 entidades federativas, a saber: Aguascalientes, Colima, Chiapas, Durango, Guanajuato, Jalisco, México, Michoacán, Morelos, Oaxaca, Puebla, San Luis Potosí, Tabasco, Tamaulipas, Tlaxcala, Yucatán, Zacatecas y por supuesto, el Distrito Federal.⁴⁴ Los hacendados de la franja fronteriza norte del país, que cayeron bajo la esfera de dominio de Carranza, no mostraron el mismo interés por apoyar al gobierno de Huerta. Se trataba de los hacendados de la península de Baja California, Sonora, Chihuahua, Coahuila y Nuevo León. Lo mismo se advirtió entre los hacendados de varias entidades situadas en el litoral del Océano Pacífico como Sinaloa, Nayarit o Guerrero. Tampoco los hacendados ubicados en parte del golfo de México ni los del sureste del país mostraron el mismo fervor, por el simple hecho de que la guerra civil no se extendió a entidades como Campeche y Quintana Roo. La excepción la constituyeron los hacendados yucatecos, especializados en el cultivo del henequén.

Pero la adhesión de los hacendados en torno al régimen huertista contagió prácticamente al conjunto de las clases dominantes. Con ello se quiere decir, a una parte de los empresarios textiles de Veracruz, el Distrito Federal, Jalisco, Nuevo León, el Estado

⁴³Charles C. Cumberland, *Madero y la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1984, p. 228 y *El País*, 2 y 7 de agosto de 1913.

⁴⁴*El Imparcial*, 9 de marzo, 2, 3 y 4 de julio, 4, 11, 18 y 25 de septiembre de 1913, *La semana mercantil*, núm. 17, 28 de abril, núm. 22 del 2 de junio de 1913, *El País*, 10 de julio de 1913, *La Nación*, 9 de septiembre y 24 de octubre de 1913.



de México, Hidalgo, Guanajuato y Querétaro, organizados en la Confederación Fabril Nacional Mexicana,⁴⁵ a una parte de los industriales regiomontanos, a los dueños de la compañía tabacalera El Buen Tono, S.A., a los banqueros, a los grupos petroleros, mineros, a los propietarios de las plantaciones algodoneras y otros empresarios más. Los grandes comerciantes, incluso se ofrecieron para hacer una campaña favorable al gobierno de Huerta por Europa.⁴⁶ Para el mes de septiembre, la adhesión era total. Pero en su mayoría, ya no se limitaron a acudir a la Secretaría de Gobernación, sino que desfilaron por el Palacio Nacional, con la esperanza de que Huerta pacificara el país y aplastara a Carranza. En forma reiterada, ofrecieron fondos a Huerta para que pertrechara sus tropas y se destruyeran los focos de insurrección que brotaban por todo el país. En síntesis: para todos los grupos productivos, la prioridad era la pacificación del país y desterrar la inseguridad registrada desde finales del porfiriato y acentuada durante el maderismo. Huerta, lógicamente se mostró muy complacido por la adhesión a su gobierno y aceptó, en nombre de la república, la colaboración y el apoyo material que le ofrecían.

En forma paralela, se consumó la adhesión a Huerta de la mayoría de los gobernadores, de los altos mandos del ejército, de los intelectuales, del episcopado mexicano, de la planta docente y del alumnado de la propia Universidad Nacional, y de las clases medias urbanas. Como antes respetuosos de las instituciones, estos sectores apoyaban a quien ahora representaba el gobierno legítimo. A Madero dejaron de respetarlo, cuando se percataron de su incapacidad para gobernar. No hubo razón para apoyar a Venustiano Carranza, al cual tanto la prensa como el gobierno, calificaban de vulgar bandolero que osaba cuestionar al gobierno legítimo. Bajo este contexto, adquiere expresión la frase acuñada por Jean Meyer, de que todo el México político fue huertista. Pero no sólo el político, sino también el empresarial, el intelectual, el militar y el religioso.

⁴⁵ *El Imparcial*, 11 de septiembre de 1913 y el *Boletín del Departamento del Trabajo*, núm. 4, octubre de 1913, pp. 358-359,

⁴⁶ *Le Courrier du Mexique*, 26 de septiembre de 1913.

Lo que resulta difícil de comprender, es cómo un gobierno tan fuertemente apoyado, que contaba con la simpatía de los empresarios nacionales y extranjeros, de la mayoría de los gobernadores, que disponía del control del sistema impositivo, de las aduanas, y por lo tanto con los ingresos que éstas generaban, no lograra consolidarse. Parte de la culpa la tuvo el gobierno estadounidense que primero alentó el derrocamiento de Madero, y luego salió con que era sumamente respetuoso del orden y de la legalidad. En segundo lugar, se debió a la tenacidad de Carranza y de los sonorenses por hacerse del poder político, y al Plan de Ayala que agitó a las masas campesinas. Pero hubo otros factores que por azares del destino, favorecieron a la causa carrancista y su triunfo. Se trata de la difusión mundial de las ideas relativas al sufragio universal, el derecho a la sindicalización, la reglamentación de la jornada de trabajo, la fijación de un salario mínimo, el respeto a la mujer durante el embarazo, la prohibición del trabajo a los menores de edad, la formación de partidos políticos, y los embriones nacionalizantes que tienen que ver con la recuperación de las riquezas nacionales. Sus inspiradores lo fueron la encíclica *Rerum Novarum*, los magonistas, los protestantes, los comunistas y anarquistas, los viejos intelectuales, entre otros. Todas estas ideas fueron capitalizadas por Carranza y sus subalternos, quienes en forma sorpresiva se apropiaron de ellas y aparecieron convertidos en agraristas, obreristas, y nacionalistas, banderas con las cuales en principio no comulgaban. El propio Huerta contribuyó a cavar su tumba con su desorden personal, y dejando que sus subalternos asesinaran a sus enemigos políticos, lo cual le creó una fama siniestra.

LA POSTURA DEL GOBIERNO DE WASHINGTON

AL HACERSE cargo del poder Ejecutivo, el general Victoriano Huerta escribió la carta protocolaria que se acostumbra dirigir a los jefes de Estado de los países con que se mantienen relaciones diplomáticas. La carta fue contestada por los gobiernos de Gran

Bretaña, Alemania, Francia, Rusia, España y Japón, y los gobiernos de América Latina, pero jamás llegó la respuesta de la Casa Blanca.⁴⁷ En un principio, el asunto no preocupó a nadie porque William Howard Taft estaba a punto de dejar la presidencia de Estados Unidos, y lo lógico era que le dejase a su sucesor la rutinaria encomienda. De esta manera, Woodrow Wilson podría transmitirle al nuevo presidente de México, lo que estimase justo y apropiado para fortalecer la amistad internacional. Pero pasaron los meses de marzo, abril, mayo y junio, sin que llegara la ansiada respuesta. Coincidiendo con el silencio de la Casa Blanca, algunos periódicos de Nueva York y de Washington iniciaron una campaña agresiva contra México. Finalmente, a finales de julio se anunció que pronto llegaría a nuestro país, Mr. John Lind, con la representación de Woodrow Wilson, para manifestar las condiciones que Estados Unidos imponía al gobierno de México para reconocerlo. Llegó Lind y transcurrieron varios días de expectación.⁴⁸ En agosto de 1913, este emisario le presentó a Huerta un comunicado que en esencia planteaba que abandonara la Presidencia de la República, lo que resultaba contradictorio por una sencilla razón. Wilson no reconocía al gobierno de Huerta, pero le exigía que renunciara. Asimismo, exigía que al llevarse a cabo las elecciones presidenciales, Huerta no se presentara como candidato.

LA ELIMINACIÓN DE LOS FELICISTAS DEL GABINETE

LA CONSTITUCIÓN de 1857 especificaba que los presidentes de la república debían gobernar con el concurso de los integrantes de su gabinete. Pero, a consecuencia de su personalidad, de estar rodeado por personas impuestas por Félix Díaz, y las circunstancias propias de la guerra, la relación de Huerta con los miembros de su gabinete fue desastrosa. En los 17 meses que ocupó el cargo, las nueve secretarías del gabinete estuvieron a cargo de 32

⁴⁷Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 121-124 y Friedrich Katz, *op. cit.*, t. I, pp. 195-196.

⁴⁸Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, pp. 77-80 y Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 121-126, 131-132.



personas diferentes. La cartera más importante, la de Relaciones Exteriores, estuvo a cargo de cinco personas, y lo mismo sucedió con la de Fomento y la de Instrucción Pública. Gobernación tuvo a cuatro titulares y, con tres, figuran Justicia y Hacienda. Los altos funcionarios fueron trasladados de una secretaría a otra, con tanta rapidez, que no tuvieron tiempo para compenetrarse de la naturaleza de sus funciones. El gabinete original, designado por el Pacto de la Embajada, puso al servicio de Huerta a varios de los hombres de mayor talento y experiencia de México. Francisco León de la Barra había sido embajador en Washington y secretario de Relaciones Exteriores con Porfirio Díaz, y después del derrocamiento de Díaz, fue Presidente interino de la república. Alberto García Granados, el nuevo secretario de Gobernación, tuvo el mismo cargo con León de la Barra. El nuevo secretario de Instrucción, Jorge Vera Estañol, también había ocupado ese cargo en el interinato de León de la Barra. El secretario de Hacienda, Toribio Esquivel Obregón, en quien Madero pensó alguna vez como compañero de fórmula en la vicepresidencia, había fungido como emisario de paz en mayo de 1911, cuando el ejército de Díaz fue derrotado en Ciudad Juárez, y gozaba de la reputación de ser una de las personas más eruditas en materia financiera de México. El general Manuel Mondragón, un experimentado oficial de artillería, autor de varios libros de táctica militar, fue elegido como secretario de Guerra, mientras que el talentoso Rodolfo Reyes, hijo de Bernardo Reyes, fue nombrado secretario de Justicia. El único que no tenía tantos laureles era el secretario de Fomento, Alberto Robles Gil, quien había sido gobernador de Jalisco. Formado por hombres experimentados, auténticas luminarias en el terreno académico y profesional, el gabinete ha sido uno de los más brillantes del México del siglo xx.⁴⁹

Como Huerta no tenía interés en colaborar con personas que le había impuesto Félix Díaz, a la primera oportunidad se desembarazó de ellas. De ninguna manera estaba dispuesto a compartir el poder con los felicitistas, sus aliados en el derrocamiento de Madero.

⁴⁹Rodolfo Reyes, *op. cit.*, pp. 61-64 y Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 156.

Las renuncias de los miembros originales de su gabinete se sucedieron entre la primavera y el verano de 1913. El secretario de Gobernación, Alberto García Granados, fue su primera víctima. La disputa tuvo su origen en la decisión de Huerta de enviar ciertos contingentes de rurales hacia regiones que García Granados consideraba inconvenientes. Otro factor fue la decisión de Huerta de designar a Joaquín Pita, inspector general de Policía, a quien García Granados calificaba de inepto. García Granados renunció el 23 de abril, dando por explicación motivos de salud. Resulta significativo que Huerta no consultara con Félix Díaz quién debía ser la persona que sustituyera a García Granados, como lo estipulaba el Pacto de la Embajada. El doctor Aureliano Urrutia, comadre de Huerta, entró en lugar de García Granados.⁵⁰

Antes de que transcurriera un par de meses de la renuncia de García Granados, un prominente felicista, el secretario de Guerra, Manuel Mondragón, siguió su camino. A mediados del verano, el secretario de Hacienda, Toribio Esquivel Obregón, también abandonó el gobierno al entrar en fuertes discrepancias con Huerta. Rodolfo Reyes, fue uno de los últimos en retirarse, posiblemente debido al afecto que Huerta guardaba hacia su padre. Para septiembre de 1913, el primer gabinete había sido totalmente renovado. La mayoría de los secretarios despedidos se acogieron al destierro y sólo unos cuantos permanecieron en México. Francisco León de la Barra continuó al servicio del gobierno gracias a que sólo tuvo pequeños desacuerdos con el gobierno. Fue designado enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Francia y Gran Bretaña.⁵¹

Como sustitutos, el Presidente escogió a hombres no menos talentosos, pero considerados huertistas leales. Algunos como José López Portillo y Rojas, habían militado en las filas reyistas al final del porfiriato. Otros como Aureliano Urrutia, cirujano famoso, era su amigo personal. La credencial de José María Lozano era su

⁵⁰ Antimaco Sax, *op. cit.*, p. 49 y Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 157.

⁵¹ *El Imparcial*, 8 de julio de 1914, *El Liberal*, 3 de noviembre de 1914 y Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 158-159.

odio acendrado a Félix Díaz. Nemesio García Naranjo y Querido Moheno se habían hecho famosos por su constante oposición a Madero en 1912. Pero a éstos y otros secretarios de Estado, escogidos personalmente por Huerta, no les fue mejor. La danza en el gabinete continuó y a la caída de Huerta, todos pagaron las consecuencias teniendo que exiliarse.

LA DISOLUCIÓN DEL CONGRESO DE LA UNIÓN

EL 10. DE SEPTIEMBRE, el Congreso de la Unión inició su periodo de sesiones, bajo los más negros augurios. El día 17, Huerta nombró al diputado Eduardo Tamariz, miembro el Partido Católico, secretario de Instrucción Pública. El artículo 58 de la Constitución especificaba que era indispensable solicitar licencia, antes de que un diputado ocupara un puesto en el gabinete. Como se ha expresado, la solicitud fue enviada a la cámara el 17, pero no se discutió sino hasta el día siguiente. Partiendo del supuesto de que no habría problema, Tamariz tomó la protesta de ley la mañana del 18, antes de que su licencia se acordara en la cámara. De inmediato, los enemigos de Huerta lo acusaron de violar la Constitución y el escándalo estalló. Los debates en la Cámara de Diputados fueron acalorados. Los miembros del Partido Católico trataron de frenar los ataques, apelando al patriotismo de sus colegas, pero no tuvieron éxito. La alianza entre los diputados felicistas, y los considerados independientes, enfurecidos por la violación de la Constitución, sumaron 108 votos contra apenas veinte.⁵² A finales de septiembre, envalentonados por su victoria, numerosos diputados de oposición empezaron a criticar al régimen. Los sarcasmos y ataques velados fueron abandonados y se atacó directamente al propio Presidente. Los discursos de Belisario Domínguez fueron los más incendiarios, y otros diputados y senadores se unieron a tales andanadas.

⁵²Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 161-162 y *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, pp. 324-326.

El 8 de octubre desapareció el senador Belisario Domínguez y la Cámara de Diputados envió una comisión a entrevistarse con el secretario de Gobernación, Manuel Garza Aldape, para aclarar lo sucedido con el senador, y acordó mantenerse en sesión permanente hasta recibir una respuesta satisfactoria. La delegación regresó a la cámara con la noticia de que Garza Aldape carecía de información. Al finalizar la tarde del 9 de octubre comenzaron a circular rumores en la ciudad de México, señalando que Belisario Domínguez había sido asesinado.⁵³ Huerta se dio cuenta de que los felicistas y otros enemigos de su gobierno capitalizarían el suceso, retirándole su apoyo y exigiéndole su renuncia.

Acorralado, Huerta convocó esa misma noche a una sesión urgente a los miembros de su gabinete. Manuel Garza Aldape, apoyado por Aureliano Blanquet, sugirió disolver el Congreso, antes de que éste tomara la iniciativa y exigiera la renuncia de Huerta. El secretario de Relaciones Exteriores, Querido Moheno, y el secretario de Justicia, Enrique Gorostieta, argumentaron que esta medida era demasiado drástica. Sin embargo, la línea dura se impuso. En la madrugada del día siguiente, Huerta tomó la decisión de disolver el Congreso de la Unión y arrestar a todos los diputados considerados enemigos de su gobierno. La selección de los enemigos se llevó a cabo en el acto y de una manera arbitraria. En la lista quedaron incluidos Jorge Vera Estañol y Rodolfo Reyes, dos de los miembros del gabinete original de Huerta, que al renunciar, habían recuperado sus curules. El 10 de octubre, a las tres de la tarde, al llegar los diputados a la sesión vespertina, encontraron un batallón policiaco en el interior de la Cámara, mientras que afuera estaban apostados numerosos elementos del ejército. El secretario de Relaciones Exteriores fue designado para anunciar la resolución tomada por el gobierno. Apenas se abrió la sesión, el secretario Querido Moheno, visiblemente agitado, pidió

⁵³Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 152-153 y 163, Friedrich Katz, *op. cit.*, t. I, pp. 145-146, Eduardo J. Correa, *op. cit.*, pp. 165-166 e *Historia de la Cámara de Diputados de la XXVI Legislatura federal*. T. VI. *La contrarrevolución en el gobierno*, Selección y guías de Diego Arenas Guzmán, México, INEHRM, 1977, pp. 273-274.

a los diputados que anularan los cinco puntos que habían acordado en la víspera. A su juicio, este acto constituía una injerencia en las atribuciones del Poder Judicial. Los diputados, a su vez, exigieron que la policía y las tropas se retiraran de la Cámara. El secretario se negó y nadie cedió. En vista de ello, Querido Moheno leyó el decreto redactado por la mañana, que contemplaba que la Cámara de Diputados quedaba disuelta. Concluida la lectura, anunció que se convocaba al pueblo mexicano a elecciones extraordinarias de diputados y senadores para el 26 de octubre. Cuando los diputados se levantaron para abandonar el recinto, entraron contingentes militares y policiacos para arrestarlos. Ochenta y cuatro fueron detenidos ahí mismo, y en el curso de las veinticuatro horas siguientes, otros veintiséis se les agregaron en la penitenciaría. Sólo uno de los ciento diez diputados detenidos era del Partido Católico. Era un diputado de Chiapas, quien siendo amigo personal de Belisario Domínguez, se había expresado en términos muy duros contra el gobierno por el asesinato de su paisano.⁵⁴

DE LA DEFENSA DEL PUERTO DE TAMPICO A LA INVASIÓN DEL PUERTO DE VERACRUZ

EN ENERO DE 1914, Wilson levantó el embargo de armas y municiones, y a partir de ese momento los carrancistas compraron todos los fusiles y el parque deseado. Se avivó el fuego de la guerra civil, pero las llamaradas no alcanzaban las proporciones suficientes para derrocar a Huerta. Pasaron los meses de febrero y marzo y Huerta continuaba en la presidencia de México. Una escuadra de acorazados estadounidenses amenazaba al puerto de Tampico y otra flota tenía en jaque la ciudad de Veracruz. Como

⁵⁴Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 165, Friedrich Katz, *op. cit.*, t. 1, p. 146 y *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, pp. 376-385. Los cinco puntos a los que aludió Moheno eran los siguientes: la designación de una comisión de tres miembros para determinar las circunstancias exactas de la desaparición de Domínguez; la formación de una comisión senatorial similar; la formulación de recomendaciones para aclarar el asesinato; la exigencia al Ejecutivo de que estaba obligado a respetar las vidas y los derechos de los funcionarios civiles, y la advertencia de que si el incidente se repetía, el Congreso se trasladaría a otro sitio, en donde sus garantías fueran respetadas.

Huerta tenía cerradas las puertas del mercado bélico de Estados Unidos, fijó sus miras en Alemania. El gobierno alemán no tenía motivo para oponerse a la operación comercial, y la casa Krupp le vendió fusiles, ametralladoras, cañones, y los embarcó en el trasatlántico Ypiranga que se acercó a aguas veracruzanas en abril de 1914. Wilson advirtió que Huerta iba a fortalecer su ejército con aquel cargamento bélico y para impedir su desembarco, cocinó el incidente de la bandera en Tampico.⁵⁵

¿De qué incidente se trata? La mañana del 9 de abril de 1914, el capitán Ralph T. Earle, del buque “Dolphin”, anclado en la bahía, ordenó al alférez Charles Copp que se internara en territorio mexicano, en un bote ballenero hasta un almacén, para comprar gasolina. El almacén estaba ubicado a unos cien metros del puente de Iturbide por el cual los constitucionalistas habían intentado penetrar dos veces a la ciudad. Los marines llegaron hasta el almacén sin problema alguno, pero al estar cargando el combustible, se les acercó un pequeño destacamento de soldados mexicanos. Después de detenerlos, se les condujo al cuartel del coronel Ramón H. Hinojosa, en donde les llamaron la atención por estar en una zona prohibida sin contar con permiso especial. A continuación, se les dejó en libertad, y se les permitió cargar la gasolina y regresar a su barco.

Sin saber que los marines habían sido liberados, el contralmirante Henry T. Mayo ordenó al capitán Earle y al cónsul Clarence Miller, dirigirse al cuartel general de Morelos Zaragoza, para presentar una firme protesta. El general Morelos Zaragoza no supo del incidente, sino hasta que llegaron los estadounidenses, e inmediatamente se disculpó. Atribuyó el hecho a la estupidez del coronel Hinojosa y prometió castigarlo ordenando de inmediato su arresto. El cónsul Miller y el capitán Earle quedaron satisfechos con la explicación y se retiraron, pero el contralmirante Mayo calculó que podría sacar ventajas adicionales del suceso, e inventó que el ballenero utilizado por los marines navegaba con bandera estadounidense, lo que a su juicio era suficiente para exigir un desagravio formal.

⁵⁵Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, pp. 364-366 y Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 220-212.

Sin comunicar sus planes al gobierno de Washington o al almirante Frank F. Fletcher, quien estaba en Veracruz, presentó sus exigencias al comandante mexicano que incluían: el desagravio formal a la bandera; que el desagravio fuera encabezado por el general Morelos Zaragoza y los miembros de su Estado Mayor; la seguridad de que el coronel Hinojosa sería castigado con sumo rigor; y, lo más importante, el izamiento de la bandera estadounidense en un lugar estratégico de la playa y el disparo de 21 cañonazos de salva, para rendirle honores. Todas estas demandas debían cumplirse en un plazo de 24 horas. La reacción del general Morelos Zaragoza fue de estupor, y le informó a Mayo que no tenía atribuciones para cumplir con tales exigencias. Que primero debía comunicárselas a su gobierno y recibir instrucciones. Asimismo, le recordó al contralmirante que ya había ordenado el castigo de Hinojosa. Morelos Zaragoza envió las demandas americanas a sus superiores en la capital de la república.

En la ciudad de México, los sucesos ocasionaron suma consternación agravados por el hecho de que Huerta recibía informes contradictorios. Mayo afirmaba que el ballenero llevaba la bandera de los Estados Unidos, mientras que Morelos Hinojosa lo negaba en forma categórica. Hubo demoras al descifrar los mensajes y más al transmitirlos a la Secretaría de Guerra y a la de Relaciones Exteriores. La cosa se agravó debido a que el plazo de 24 horas otorgado por Mayo casi estaba vencido.⁵⁶ Después de conferenciar con su gabinete y algunos congresistas, el presidente Wilson acordó tomar una medida drástica contra los mexicanos que en forma terca se resistían a cumplir con sus exigencias. En

⁵⁶El firme creyente del respeto y de la legalidad, Wilson era todo un espécimen. Pasó de la rectoría de la Universidad de Princeton, a la gubernatura de Nueva Jersey y luego a la Presidencia de Estados Unidos. Ya en esta posición, trató con el mismo rasero no sólo a Huerta sino a los gobiernos de otros países que osaban pensar distinto a él. Ocupó militarmente la república de Haití, confirmó la intervención yanqui en Santo Domingo, le exigió tratados onerosos a Nicaragua y El Salvador y se abrogó el derecho de revisar, esto es, de hacer las elecciones en Cuba. Su torcida legalidad lo orilló a cometer otro atentado contra México: bombardear e invadir el puerto de Veracruz. Véase a Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, pp. 259-261. Asimismo véase a Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 215-218 y Friedrich Katz, *op. cit.*, t. I, pp. 226-229.



la tarde del 14 de abril ordenó a la flota del Atlántico que se adentrara en los puertos de Tampico y Veracruz. La invasión al puerto de Veracruz tuvo lugar el 21 de abril de 1914. Gustavo Maass, comandante de las fuerzas federales, hizo frente a las fuerzas estadounidenses, pero su situación se tornó desesperada, ya que parte de sus fuerzas habían sido enviadas a Tampico para reforzar las de Morelos Zaragoza. El general Maass, se replegó en Tejería para tomar medidas preventivas que impidieran el avance de los estadounidenses hacia la ciudad de México, lo cual finalmente no ocurrió. Con sus fuerzas diezmadas, Huerta no estaba en condiciones de repeler la invasión estadounidense, ni tampoco de derrotar a los constitucionalistas.⁵⁷

LAS CONFERENCIAS DE NIAGARA FALLS

HUERTA ACEPTÓ los buenos oficios ofrecidos por los gobiernos de Argentina, Brasil y Chile para resolver el conflicto con los Estados Unidos a causa de la invasión al puerto de Veracruz. Inmediatamente se hizo necesario nombrar a los delegados que representarían a México en las conferencias de Niagara Falls. El secretario de Hacienda, Adolfo de la Lama, le propuso a Huerta una comisión integrada por Emilio Rabasa, Agustín Rodríguez y Luis Elguero.⁵⁸ Ninguno de los tres era amigo de Huerta. La opinión pública recibió el acuerdo presidencial con aplausos ya que los tres abogados se caracterizaban por su inteligencia, sabiduría y honorabilidad. Sin embargo, las citadas conferencias de nada sirvieron. A Wilson se le olvidó discutir que su bandera había sido ultrajada en Tampico, que había que desagraviarla con 21 cañonazos, y que sus marines habían sido reprendidos por el coronel Hinojosa. Lo único que le interesaba era que Huerta dejara la Presidencia. Los delegados de los Estados Unidos insinuaron la conveniencia de

⁵⁷Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 222 y Friedrich Katz, *op. cit.*, t. 1, p. 228.

⁵⁸Antimaco Sax, *op. cit.*, p. 64, Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 229, Friedrich Katz, *op. cit.*, t. 1, pp. 231-232 y Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, p. 368.

que Huerta se retirara de la Presidencia de la República y entregaron una lista de las personas que a su juicio podían substituirlo, en el entendido de que cualquiera de ellas recibiría el beneplácito de la Casa Blanca. La nómina contemplaba a Fernando Iglesias Calderón, Manuel Vázquez Tagle, Eulalio Gutiérrez, Eliseo Arredondo, Francisco S. Carbajal y otros.

Por su parte, los delegados mexicanos expresaron que el puerto de Veracruz estaba invadido, y para contener el alud de exigencias estadounidenses, manifestaron que enviarían la lista de los “presidenciables” a Huerta, con el fin de que se resolviera lo que considerara pertinente. Huerta recibió el documento y contestó a sus delegados que estaba dispuesto a designar a Francisco S. Carbajal como secretario de Relaciones Exteriores, a fin de que lo sustituyera en la Presidencia de la República. Al enterarse de ello, Emilio Rabasa manifestó a sus compañeros de delegación, que iba a comunicar a los representantes estadounidenses, la decisión de Huerta de retirarse del mando, pero Agustín Rodríguez le aconsejó que no lo hiciera, sin antes asegurarse de que las tropas de Funston se retiraran de Veracruz, y Carbajal recibiera el beneplácito del gobierno estadounidense. Emilio Rabasa respondió que resultaba inútil poner estas condiciones, ya que los estadounidenses se habían enterado de la decisión de Huerta. Como se infiere, los resultados de sus gestiones fueron adversos, y los delegados nunca se dieron cuenta de ello, porque cuando regresaron a México, Huerta ya había renunciado.⁵⁹ Como era de preverse, Emilio Rabasa, Agustín Rodríguez y Luis Elguero fueron considerados como engranajes del gobierno huertista, y el primero tuvo que exiliarse en Estados Unidos.

UN ATENTADO CONTRA HUERTA

A FINALES de mayo de 1914, Victoriano Huerta iba en automóvil rumbo a su casa de campo en Popotla, y estuvo a punto de ser asesinado. Tres individuos parapetados en una zanja que quedaba

⁵⁹Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, pp. 313-317.



al lado de la calzada, dispararon sus rifles contra el Presidente. Ninguno de los tiros hizo blanco y el automóvil continuó su marcha como si nada hubiera sucedido, pero detrás del vehículo del general Huerta, iba el del general Ignacio A. Bravo, comandante militar de la ciudad de México. Acompañado por un ayudante, descendió a la zanja, y como los asaltantes habían agotado todos sus proyectiles, no pudieron defenderse y se entregaron sin hacer resistencia. El general Bravo giró su vista en torno de aquel lugar, buscando un sitio apropiado para fusilarlos y lo primero que se presentó a sus ojos, fue la Escuela Nacional de Agricultura. En la puerta de entrada había un centinela armado con un rifle Mausser, lo que le hizo suponer que se trataba de un plantel militarizado. Sin hacer averiguaciones, penetró en la escuela y llamó al director, ordenándole que formara a todos los alumnos porque iba a ordenar unos fusilamientos. El director le informó que aquello no era un cuartel sino un centro de enseñanza, pero Bravo replicó que no estaba acostumbrado a que sus órdenes se discutieran, y que desde el momento en que las personas empuñaban rifles y vestían el traje militar, no debían asustarse de las ejecuciones. Unos minutos más tarde un piquete de gendarmes del ejército disparaban sobre los tres desdichados que atentaron contra la vida de Huerta.⁶⁰ Como la Escuela Nacional de Agricultura dependía de la Secretaría de Agricultura, Eduardo Tamariz consideró que se había violado su esfera de actividades y el 29 de mayo renunció.

LA HUIDA DE VICTORIANO HUERTA

A PARTIR de la invasión al puerto de Veracruz, el ambiente en la ciudad de México se tornó extremadamente tenso. Victoriano Huerta quedó obligado a combatir en dos frentes: por un lado contra los constitucionalistas y por el otro, contra los invasores estadounidenses. Huerta y sus aliados civiles y militares se percataron que la única salvación del régimen radicaba en lograr el apoyo del pueblo en general, y quizás de parte de sus enemigos. Como esto

⁶⁰Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, pp. 308-309.



último se intentó y no cuajó, la alarma cundió puesto que día con día las tropas carrancistas avanzaban hacia el centro del país. En estas condiciones, la unidad del ejército se empezó a resquebrar y no pocos militares dieron muestras de desmoralización. De cualquier forma, hasta donde se sabe, no existió militar alguno de alto rango que conspirara e intentara derrocarlo. Mientras tanto, continuaban huyendo al puerto de Veracruz multitud de personas incluyendo varios ex colaboradores de Huerta. Hubo días en que salieron de la ciudad de México trenes repletos de políticos, intelectuales, hacendados, sacerdotes, personajes del medio artístico y teatral. En el puerto, los hoteles resultaron insuficientes para alojar a tantas personas, los víveres se encarecieron, los restaurantes y cafés siempre estaban llenos, lo mismo que las calles y parques. Todas las mañanas, las compañías marítimas tenían frente a sus oficinas a numerosas personas que buscaban el ansiado boleto para emigrar a Estados Unidos, Cuba o Europa. Como era natural, aparecieron gestores que ofrecían sus servicios para tramitar la salida y se movían todo tipo de influencias.⁶¹

Al inicio de la segunda semana de julio, Huerta consideró que su régimen había llegado a su fin, e inició los preparativos para salir del país. Sabía que si tardaba más tiempo, los carrancistas lo podrían atrapar y fusilar en la propia ciudad de México. Como primera medida, dictó las órdenes pertinentes para trasladar a su esposa y a las de sus principales colaboradores a Puerto México, para embarcarlas con destino a cualquier parte del mundo. Desde las primeras horas del 14 de julio, se registró un gran movimiento en la estación del Ferrocarril Mexicano. Sucede que, a pedido urgente del gobierno, varios carros se preparaban para evacuar de la ciudad de México a las familias de los altos funcionarios. A las siete y media de la noche quedaron listos tres carros de pasajeros y cuatro de carga, los cuales fueron trasladados a las cercanías de la Villa de Guadalupe. A los pocos minutos llegaron hasta allí en poderosos automóviles, las familias de los generales Victoriano Huerta,

⁶¹Leonardo Pasquel, *La Revolución mexicana en el estado de Veracruz*, t. II, México, INEHRM, 1972, pp. 154 y 155.



Aureliano Blanquet, Luis Fuentes, Alberto Quiroz, Hernández, Paredes, y del coronel Carlos Águila, entre otros. Al filo de la media noche, los furgones partieron rumbo a Puerto México, a donde llegaron al día siguiente por la mañana, precedidos por un convoy militar con 400 elementos de tropa. En la retaguardia llegaron dos trenes más con 900 soldados. Inmediatamente las mujeres abordaron el vapor inglés Bristol protegidos por una doble valla de tropas federales. Los varones permanecieron en tierra, en el entendido de que abordarían el Bristol si estallaba algún disturbio en su contra en Puerto México.⁶²

A medio día del 15 de julio, Victoriano Huerta comisionó al jefe de su Estado Mayor, general Ramón Corona, para que gestionara la dimisión de todos los secretarios de Estado, excepto de Francisco S. Carbajal, titular de Relaciones Exteriores. Tan pronto fueron informados, todos redactaron sus renunciaciones y las dependencias quedaron al mando de los subsecretarios. Así, presentaron su renuncia Aureliano Blanquet a la Secretaría de Guerra, Ignacio Alcocer a la de Gobernación, Nemesio García Naranjo a la de Instrucción Pública, Arturo Alvaradejo a Comunicaciones y Obras Públicas, Enrique Gorostieta a la de Justicia, Salomé Botello a la de Fomento, y Carlos Rincón Gallardo a la de Agricultura y Colonización.⁶³

Una vez que presentó su renuncia a las seis de la tarde, Huerta y varios de sus ex colaboradores abordaron varios automóviles y se enfilaron a la estación de Los Reyes, del Ferrocarril Interoceánico, distante 18 kilómetros del centro de la capital de la república. Enterados de su fuga, algunos vecinos de las calles cercanas a San Lázaro, salieron a sus balcones para observar el paso de los automóviles. En Los Reyes los fugitivos abordaron un convoy especial el cual iba precedido por un tren explorador con tropas del 29o. Regimiento, partiendo a las diez de la noche rumbo a la estación de Irolo. Aquí abandonaron el convoy del Ferrocarril Interoceánico y abordaron otro del Mexicano. En plena madrugada partió el

⁶²*El Imparcial*, 16 y 17 de julio de 1914 y *El País*, 16 de julio de 1914.

⁶³*Loc. cit.*

tren que llevaba, además de Victoriano Huerta, a los generales Aureliano Blanquet, Liborio Fuentes, Eugenio Paredes, Víctor Manuel Corral y Juan Vanegas, a los coroneles Arturo Alvarado, José Delgado, José Posada Ortiz y Gabriel Huerta, y a otros de menor graduación.⁶⁴

Para acompañarlos y brindarles mayor seguridad, cinco convoyes con tropas al mando del general Gonzalo Luque se les incorporaron cerca de la estación de Apizaco.⁶⁵ Durante el resto de la noche pasaron por la estación Esperanza, en Puebla, y luego se enfilaron a Orizaba. Pero aún no llegaba el tren presidencial a Orizaba, cuando corrió el rumor de que en realidad Huerta y Blanquet viajaban rumbo a Puebla, con la mira de internarse en las montañas de Oaxaca para iniciar un movimiento armado contra sus enemigos. También se dijo que Huerta había mandado a Oaxaca gran parte del material de guerra recién traído por el buque Ypiranga para distribuirlo entre los indios de la sierra. Pero todo ello era falso.⁶⁶ La huida resultó exitosa a pesar de que en el trayecto de la ciudad de México a Puerto México, existía el riesgo de un atentado contra los viajeros.

Los planes de Victoriano Huerta eran dirigirse a Jamaica. Zarparon el 20 de julio de Puerto México en el crucero alemán “Dresden”, y cuatro días más tarde atracaron en Kingston. En este lugar contrataron el “Patia”, un vapor de la United Fruit Company, para hacer la travesía hasta Europa. El viaje de 10 días a Bristol transcurrió sin incidentes y, después de recorrer Londres, la familia se trasladó a España, lugar en donde habían decidido radicar. Desembarcaron en Santander y luego se mudaron a Barcelona.⁶⁷ Mientras tanto, en México, muchos de los miembros de sus múltiples gabinetes, altos jefes del ejército federal, la cúpula de la Iglesia católica, diputados, senadores, y fervientes simpatizantes de su causa, continuaban en franca huida hacia La Habana, los Estados

⁶⁴*El Imparcial*, 17 de julio de 1914.

⁶⁵*El País*, 21 de julio de 1914.

⁶⁶*El País*, 16 y 21 de julio de 1914 y *El Imparcial*, 17 de julio de 1914.

⁶⁷Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 235-236, 240-254 y Federico Gamboa, *Mi diario VI (1912-1919)*, México, Conaculta, 1995, p. 147.

Unidos o Europa. Nadie quería exponerse a que Carranza ajustara cuentas contra ellos.

Uno de los barcos clave en la huida de políticos vinculados a Huerta, fue el vapor español “Buenos Aires”. El 25 de julio estaba anclado en el puerto de Veracruz y entre sus pasajeros figuraba José María Lozano quien ocupó la cartera de Comunicaciones y Obras Públicas. Por cierto, que aquí despotricó contra muchos de los políticos que ante la huida de Huerta, dieron el “chaquetazo” y asumieron una postura de “héroes”, y de partidarios de la revolución, cuando meses antes habían hecho antesala en las secretarías de Estado pidiendo favores. Citó al ingeniero Pablo Salinas y Delgado, quien para borrar su pasado, le dio por afirmar que ciertamente aparecía en una nómina gubernamental, pero que ello se debía a que mediante un salario, Huerta trató de comprar su adhesión.⁶⁸ También viajaba Nemesio García Naranjo, quien a su vez fue el titular de la cartera de Instrucción Pública y Bellas Artes; el ex secretario de Gobernación, Ignacio Alcocer; el general Juan Hernández, quien fue gobernador de Puebla y consuegro de Victoriano Huerta, junto con su familia; Víctor Huerta y su familia; el general Emilio Campa; el general Guillermo Rubio Navarrete, quien dijo que iba comisionado por el presidente Francisco S. Carbajal, para adquirir armamento de guerra. Juan Hernández se mostró muy extrovertido y expresó que lamentaba la decisión del presidente Francisco Carbajal, de despedir a los altos mandos del ejército, ya que al verse sin empleo, se sumarían a cualquier movimiento revolucionario o contrarrevolucionario.⁶⁹ Por su parte, Ignacio Alcocer aseguró que no vislumbraba un rápido restablecimiento de la paz en México. Calificó a los constitucionalistas de anarquistas, ambiciosos, tercos e ignorantes. Para concluir, dudaba de la capacidad de Francisco S. Carbajal para estabilizar el país.⁷⁰ En el mismo barco viajaban Ricardo Gómez Robelo quien fue procurador general de la República, y los perio-

⁶⁸La noticia apareció originalmente en *El Dictamen*, del 27 de julio de 1914 y se reprodujo en *El Imparcial*, el 30 del mismo mes y año.

⁶⁹*El Diario de la Marina*, 26 de julio de 1914.

⁷⁰*Idem*.

distas Luis del Toro, director del periódico *El Independiente*, Nicolás Bencochea, redactor de *El Imparcial*, el obispo de San Luis Potosí, Ignacio Montes de Oca, quien dijo ir a Europa para curarse de una afección de la vista, más 14 sacerdotes procedentes de Zacatecas. Parte de estos últimos iban en tránsito y otros con la idea de permanecer en La Habana.⁷¹ También viajaban nueve generales: unos afirmaban que de comisión por parte del nuevo presidente Francisco S. Carbajal, sin aclarar el lugar de destino, y otros se dirigían a Estados Unidos.

Pero así como un gran número de personas huían del país, otros se resistieron a hacerlo. Alberto García Granados, quien por tales días fue acusado de ser partícipe en el asesinato de Madero y Pino Suárez, expresó que no saldría de México. Que esperaría la entrada de la revolución a la ciudad de México ya que sus dirigentes habían prometido hacer justicia. Agregó que en caso de que la revolución se abocara a llevar a cabo venganzas y atropellos, estaba dispuesto a afrontarlos. Pero eso sí, no abandonaría el país.⁷² Finalmente, no huyó pero se escondió cuando se percató de que Carranza estaba dispuesto a ajustar cuentas.

⁷¹ *El Diario de la Marina*, 31 de julio de 1914 y *El País* de la misma fecha. El “Buenos Aires” levó anclas y el 30 de julio llegó a La Habana, en donde la prensa lo esperaba puesto que quería indagar cuántos y quiénes eran los personajes que llegaban a sus costas. Los periodistas descubrieron al citado Víctor Huerta y a su esposa. Al tratar de entrevistarlo, éste se negó así como a que lo retrataran. Sólo manifestó que llevaba intenciones de trasladarse a Nueva York y de ahí a España para reunirse con su padre. Por su aspecto físico y modestia, la prensa aseguraba que no representaba ser el hijo del ex hombre fuerte de México. También llegó José María Lozano, quien hizo ver a quienes lo entrevistaron, que había renunciado al puesto dos meses antes de la caída de Huerta, lo cual era falso ya que dejó el puesto a mediados de julio. Su plan era trasladarse a Nueva York y luego a Europa. Pero como se ha adelantado, en el mismo vapor viajaba Nemesio García Naranjo e Ignacio Alcocer. Como éste era el único que pensaba permanecer en La Habana, de inmediato se hospedó en el Hotel El Telégrafo. Al tratar de ser interrogado por la prensa habanera dijo sentirse bastante fatigado por el viaje, que necesitaba descansar y luego haría declaraciones sobre la situación de su país. La prensa cubana expresó que en este barco viajaba un buen número de militares con el nombre cambiado y otros que decían ser comerciantes, mostrando un enorme misterio. Agregaba que en su mayor parte los militares abordaron el “Buenos Aires” en Puerto México y que se trataba de parte de la comitiva que acompañó a este puerto al propio Huerta.

⁷² *El País*, 6 de agosto de 1914.



Para la primera semana de agosto, Francisco Bulnes estaba en el puerto de Veracruz. Al ser ubicado por la prensa e inquirirle el motivo de su presencia, expresó que había dejado la ciudad de México porque tanto él como su familia, temían a la conducta indisciplinada de las tropas revolucionarias; que no había robado ni asesinado a persona alguna, y que tampoco estaba interesado en solicitar puesto público alguno al nuevo gobierno. Señaló que en caso de sentirse inseguro, saldría del país. Por cierto que dijo ser viejo amigo de Carranza, pero que no le tenía confianza, y recordó una vieja frase de Taine que dice: “El carnicero arrogante de hoy, es siempre la res abatida al día siguiente.” Por esta ley de la historia, Bulnes vaticinó que don Venustiano no tardaría en ser res. Cuando se le preguntó cuál sería el desenlace de la situación que se vivía en México, Bulnes dijo que detestable y que se trataba de la continuación de una comedia trágica de cinco actos. El primero había sido la revolución porfirista, el segundo la revolución maderista, el tercero la revolución huertista, el cuarto y por cierto más sangriento, la revolución carrancista, y el quinto, una dictadura o la intervención extranjera.⁷³

LA FUGA DE FRANCISCO CARBAJAL

EN REALIDAD, Francisco S. Carbajal no pudo ejercer el poder en forma plena ya que a escasos 27 días de ocupar la silla presidencial, los constitucionalistas se acercaron peligrosamente a la capital de la república. Pero lo más grave, es que con el paso de los días, empezó a quedarse solo. Imitando a su antecesor, consideró que lo más prudente también era abandonar el país. El 12 de agosto de 1914 se reunió con los integrantes de su gabinete para discutir la forma de disolver los poderes, el ejército federal y entregar la ciudad de México a los constitucionalistas. De acuerdo con el testimonio de Eduardo Iturbide, un Carbajal sumamente consternado y temeroso, manifestó que para afrontar una situación como la que se vivía, se requería tener al frente de la Presidencia de la República a un mili-

⁷³*El Imparcial*, 11 de agosto de 1914.

tar, más que a un civil, y propuso que el general José Refugio Velasco se hiciera cargo de ella. Para apoyar su tesis, expresó que se trataba de un militar valiente y pundonoroso, que sin duda salvaría al ejército y conseguiría garantías para la población.⁷⁴ El general Velasco, nervioso y exaltado, dijo que había aceptado la cartera de Guerra porque el presidente Carbajal le había asegurado la existencia de un arreglo con Carranza, gracias a los buenos oficios del Departamento de Estado estadounidense, el cual implicaba el tránsito pacífico del poder. Como al parecer no había tal arreglo, cundió el descontrol y entonces alguien planteó: ¿Qué hacer? No faltaron quienes propusieron refugiarse en bloque en Veracruz, dejando la ciudad de México en manos del Ayuntamiento.⁷⁵ Serenados los ánimos, acordaron que el secretario de Guerra, José Refugio Velasco, el subsecretario de Gobernación, José María Luján, y el gobernador del Distrito Federal, Eduardo Iturbide, entregaran la ciudad de México a los constitucionalistas.

Disolver el ejército federal no era una medida fácil de aplicar, ya que había un número elevado de generales, cuya reacción era impredecible. Se consideró el riesgo de un golpe de estado al darse cuenta los generales más ambiciosos que el titular del ejecutivo los abandonaba, y que tampoco había poder legislativo ni judicial. También se discutió entre los miembros del gabinete quién debía ser la persona que firmara la orden de disolución del ejército. Pero no sólo eso, sino también, si existían los fundamentos legales para dictar semejante medida. Concluida la reunión, todos se abocaron a preparar sus maletas y huir a Veracruz. En el ínterin, Carbajal decidió que José Refugio Velasco disolviera el ejército. Una de las personas que le transmitió la decisión presidencial fue Federico Gamboa. Al momento en que le fue comunicada, José Refugio Velasco puso fuertes objeciones y exigió un documento escrito y firmado por el propio presidente.⁷⁶ Cubiertas las formal-

⁷⁴Eduardo Iturbide, *op. cit.*, p. 125.

⁷⁵*Loc. cit.*

⁷⁶Federico Gamboa, *Mi diario*, t. vi, pp. 154-156.



dades del caso, este general ordenó concentrar a los efectivos militares en el Distrito Federal y en otras plazas de la república, sin encontrar mayores problemas.

Apenas disolvió los poderes, el mismo 12 de agosto por la noche, Carbajal se dirigió al puerto de Veracruz llegando al día siguiente por la tarde. Fue recibido por el general Funston quien le dio la bienvenida y le puso a su disposición un automóvil para su uso durante el tiempo que permaneciera en el puerto. En principio se especuló que Carbajal abordaría el vapor María Cristina el 17 de agosto, rumbo a Europa, pero finalmente no fue así.⁷⁷ A fin de cuenta el ex presidente se dirigió a Galveston. En esos días llegaron al citado puerto los arzobispos Francisco Orozco y Jiménez y Francisco Plancarte, además de los obispos Emeterio Valverde, Francisco Uranga, Ignacio Valdespino y Miguel de la Mora,⁷⁸ y Eduardo Tamariz, miembro connotado del Partido Católico, que ocupó la secretaría de Agricultura durante el huertismo.⁷⁹

EL PRIMER JEFE EN LA CAPITAL DE LA REPÚBLICA

ÁLVARO OBREGÓN llegó a la capital de la república el 15 de agosto, con lo cual se consumaba el triunfo del constitucionalismo. Cinco días más tarde hizo su entrada Venustiano Carranza, apoyado por su ejército constitucionalista. El Primer Jefe había barrido literalmente los cimientos del viejo régimen. En forma súbita, la ciudad de México se vio invadida por un ejército triunfador y arrogante. Pero algo raro sucedió en esta ciudad. Gran parte del personal político vinculado al viejo régimen había huido al extranjero. Se habían expatriado muchos intelectuales, la cúpula de la Iglesia católica, los altos mandos del ejército federal, numerosos comerciantes, hacendados, industriales, entre otros. El Primer Jefe tuvo que montar una nueva administración con los elementos que tenía a su alcance, los cuales no eran muchos, ni los más preparados o

⁷⁷*El País*, 14 de agosto de 1914 y *El Imparcial*, 13 y 15 de agosto de 1914. Los pormenores de la fuga están narrados en Federico Gamboa, *Mi diario*, t. vi, pp. 153-159.

⁷⁸*El Imparcial*, 13 de agosto de 1914.

⁷⁹*El Imparcial*, 14 de agosto de 1914.

capaces. Ciertamente que algunos miembros de la XXVI Legislatura federal no habían huido, aprovechando que en 1913 se opusieron a Huerta en varias ocasiones, desencadenando la clausura del Congreso de la Unión, lo cual les daba cierto margen de maniobra para argumentar supuestas simpatías por Carranza. El Primer Jefe también utilizó a los intelectuales de pequeña y mediana monta que dieron el chaquetazo, convirtiéndose en estrellas del firmamento intelectual, ante el vacío producido por el destierro de los cuadros más brillantes y de talento. Lo mismo sucedió con algunos miembros del extinto ejército federal, que se incrustaron en las filas villistas y carrancistas. Pero quienes no claudicaron fueron los miembros del episcopado mexicano.

Para la segunda quincena de septiembre arreciaron los rumores de que los estadounidenses estaban a punto de evacuar el puerto de Veracruz y que los carrancistas se harían cargo de su administración. Por este motivo, y al darse cuenta de que Carranza tenía intenciones de enjuiciar a los colaboradores de Huerta, cundió el pánico y una gran cantidad de personas se amotinó en las oficinas navieras pidiendo desesperadamente un boleto para abordar cualquier barco. Algunos solicitaron ayuda a Fletcher y a Funston asegurando que de permanecer aquí, con toda seguridad serían fusilados por los revolucionarios. Sólo que el gobierno estadounidense expresó que ello no era su obligación.⁸⁰ En este contexto, un buen número de refugiados en Veracruz hicieron el análisis de la situación, de sus culpas, del costo tanto político como económico del destierro, y concluyeron que lo mejor era regresar a la ciudad de México. Así, no fue raro que desde la segunda semana de septiembre, muchos “fugitivos”, que unas semanas antes abandonaran la ciudad de México, ahora regresaran, con la novedad de que nada les pasó. Y regresaron a la ciudad de México quejándose de que en Veracruz no había los suficientes artículos de primera necesidad y que los disponibles costaban entre cuatro y cinco veces más de lo normal.⁸¹

⁸⁰*El Radical*, 11 y 17 de septiembre de 1914.

⁸¹*El Radical*, 12 de septiembre de 1914.

De acuerdo con las versiones oficiales, el 24 de septiembre zarpó del puerto de Veracruz el vapor “México” de bandera nacional, con alrededor de 700 refugiados políticos rumbo a la ciudad de Galveston, y lo mismo hizo el vapor “Morro Castle”, llevando consigo 300 mexicanos cuyo destino inmediato era La Habana.⁸² Pero la apoteosis tuvo lugar al día siguiente. Sucede que para el 25 de septiembre estaba programada la salida del “City of Tampico”, un barco ganadero con cupo para 34 pasajeros. Como los fugitivos se amotinaron, los funcionarios de la compañía naviera tuvieron que ceder con la resultante de que el barco salió de Veracruz repleto, con más de ciento cuarenta pasajeros rumbo a Texas. En la lista figuraban cuatro ex secretarios de Estado: Federico Gamboa, Enrique Gorostieta, Carlos Rincón Gallardo y Eduardo Tamariz, y un subsecretario, Rubén Valenti. Asimismo figuraban tres ex gobernadores: Eduardo A. Cauz, Juvencio Robles y Teodoro Dehesa, quien viajaba junto con su hermano Francisco. Entre los militares, además de los ex gobernadores que tenían el grado de general, estaban también los generales Alberto T. Rasgado, Gaudencio de la Llave; un obispo: Ignacio Valdespino; el actor cómico Leopoldo Beristáin; el ex diputado Ángel Rivera Caloca; el ex diputado y ex director de *El País*, José Elguero, el ex senador Francisco Bulnes, el ex administrador de la aduana de Veracruz, Mariano Azcárraga, entre otros de una lista que publicó *El demócrata* y que sólo incluye 115 personas. Pero existen versiones fidedignas de que otros prominentes huertistas partieron en el mismo barco. Uno de ellos fue Juan José Tablada quien sólo pudo conseguir un lugar como sobrecargo.⁸³ El 27 de septiembre salió el “City of Mexico”, de la Wolphin Line, con 194 refugiados rumbo a las costas texanas.⁸⁴

No obstante el panorama desolador y la evidente sangría de cuadros altamente capacitados que sufría el país, Carranza se endu-

⁸²*El Radical*, 24 de septiembre de 1914 y *El Diario de la Marina*, 30 de septiembre de 1914.

⁸³*El Demócrata*, 28 de septiembre de 1914 y Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 182-184.

⁸⁴Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 190.



reció, con la resultante de que los políticos, militares, empresarios y sacerdotes que aún no habían abandonado el país, lo hicieron. En los primeros días de octubre de 1914, *El Pueblo* publicó una noticia que dejó helados a los habitantes de la capital de la república. Se expresaba que había comenzado a instruírseles proceso a todos los ex ministros de Huerta. Para convencer a la población de que no se estaba jugando, inmediatamente, un Tribunal Superior Militar inició un proceso contra todos los ex secretarios de Estado de Huerta cuya lista ascendía a 24 personas, y que eran los siguientes: Francisco León de Barra, Querido Moheno, José López Portillo y Rojas, Francisco S. Carbajal y Federico Gamboa, que desempeñaron la cartera de Relaciones Exteriores; Manuel Mondragón y Aureliano Blanquet, de Guerra y Marina; Alberto Robles Gil, Manuel Garza Aldape y Leopoldo Rebollar, de Fomento, Colonización e Industria; David F. de la Fuente, José María Lozano y Arturo Alvaradejo, de Comunicaciones y Obras Públicas; Jorge Vera Estañol, Eduardo Tamariz y Nemesio García Naranjo, de Instrucción Pública y Bellas Artes; Rodolfo Reyes y Enrique Gorostieta, de Justicia; Toribio Esquivel Obregón y Adolfo de la Lama, de Hacienda y Crédito Público, Salomé Botello de Comercio e Industria; Carlos Rincón Gallardo, de Agricultura y Aureliano Urrutia y Manuel Garza Aldape de Gobernación.⁸⁵

Las acusaciones presentadas en su contra eran por *presuntas responsabilidades de carácter civil o penal cometidas durante su gestión*. Curiosamente, la noticia no señalaba que la causa fuera haber colaborado en el gobierno de Huerta ni tampoco haber participado en la muerte de Madero. El primer acusado resultó ser Alberto García Granados, ex secretario de Gobernación. La Secretaría de Hacienda lo acusó por malversación de fondos, específicamente utilizar en forma indebida la partida llamada “Gastos secretos de Gobernación”. La acusación fue turnada al tribunal Superior Militar cuyos titulares expresaron que se gestionaría por los conductos debidos la extradición del ex ministro, pues se ase-

⁸⁵ *El Pueblo*, 3 de octubre de 1914.

guraba, había abandonado el territorio nacional al aproximarse a la capital las primeras avanzadas del ejército constitucionalista.⁸⁶ Pero a estas alturas era imposible cumplir con tales aprehensiones ya que en su mayor parte, el personal político huertista de altos vuelos había huido del país. Habían salido desde los primeros días de mayo, sobre todo por el puerto de Veracruz, Puerto México y, en menor medida por las fronteras norte y sur.

A propósito del éxodo, la prensa cubana afirmaba que a partir de septiembre de 1914 había cambiado la fisonomía de la colonia mexicana en Cuba, que antes estaba conformada por maderistas y carrancistas y ahora por partidarios de Huerta, preferentemente ex federales, y gran cantidad de sacerdotes, temerosos del anticlericalismo de Carranza. En uno de sus encabezados afirmaba que antes se conspiraba en La Habana contra Huerta, y ahora contra Carranza. Agregaba que en 1913 y principios de 1914 los maderistas y carrancistas tenían como bandera de lucha la restauración del orden legítimo, la libertad y el rechazo al gobierno de Huerta, erigido en la traición y en la sangre de Madero y Pino Suárez. Ahora, en los corrillos y en los cafés se murmuraba que los huertistas no contaban con la simpatía del pueblo cubano y que la Junta Revolucionaria de La Habana, que habían fundado, en la que además figuraban personas con togas y sotanas, perseguían un fin imposible de alcanzar: la recuperación del poder político.⁸⁷

Jesús Flores Magón, refugiado en La Habana, hizo público que parte de los hombres de mayor significación política y de la banca mexicana, como los científicos, porfiristas, felicistas, reyistas, huertistas, habían pisado suelo cubano con la mira de radicarse aquí, pero que otros habían seguido su camino a Estados Unidos para internarse a México y sumarse a las filas de Francisco Villa o de cualquier otro grupo contrarrevolucionario. Citó que recién habían dejado la isla Enrique C. Creel, Marcelo Caraveo, Francisco del Toro, Juan Vanegas y otros jefes militares, rumbo a Estados Unidos. Pero que en La Habana habían permanecido ex secretarios de Estado,

⁸⁶ *Loc. cit.*

⁸⁷ *Heraldo de Cuba*, 12 de septiembre de 1914.



ex diputados, ex senadores y empresarios españoles que salieron de México a causa de la llegada de Carranza a la capital de la república. Entre los empresarios españoles estaba Feliciano Cobián, dueño de vastas propiedades algodoneras en Coahuila, Santiago Arrecherra, dueño de El Centro Mercantil, y también el comerciante Francisco Llamosa, entre otros. En cuanto a los políticos, estaban Gonzalo Enrile, consejero de Pascual Orozco; los diputados Ángel Rivero Caloca, Francisco Pascual García, Muzquiz Blanco; y una gran cantidad de jefes y oficiales del disuelto ejército federal, como el general Camacho. También vivían aquí Rafael Reyes Spíndola, fundador de *El Imparcial*; los arzobispos de México y de Yucatán, sacerdotes, monjas, el ex secretario de Gobernación Ignacio Alcocer, Manuel Calero, entre otros.⁸⁸ Con el paso de los días, algunos de ellos se fueron a los Estados Unidos o a Europa, pero otros llegaron en su reemplazo.

⁸⁸*Heraldo de Cuba*, 7 de octubre de 1914.